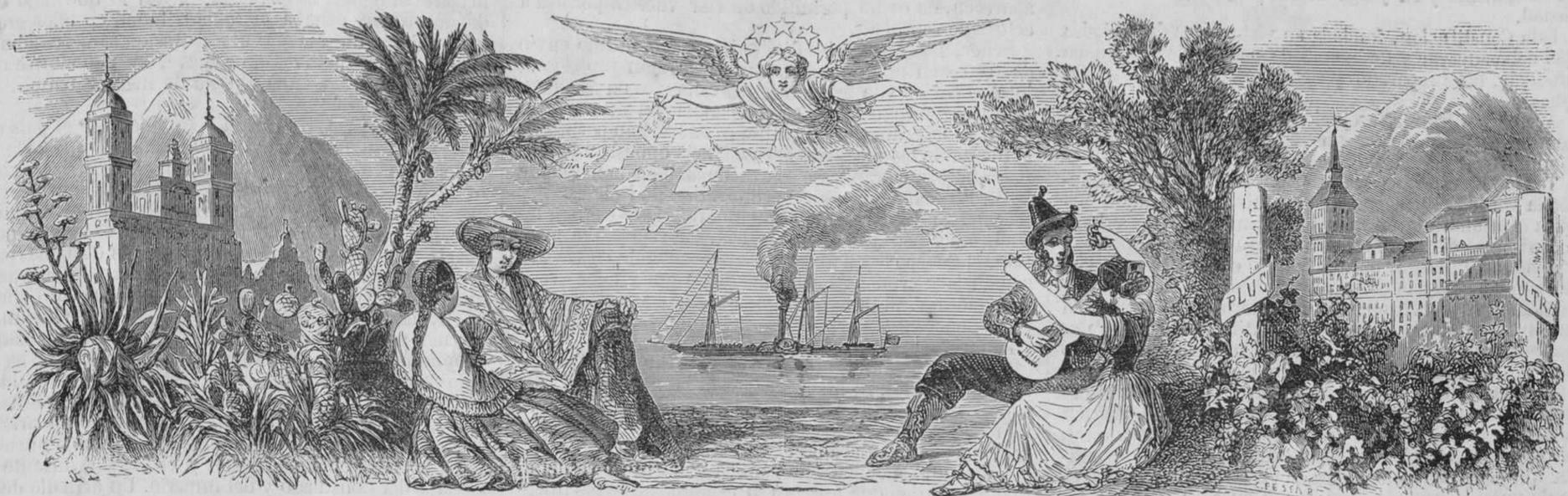


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Sautnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 431.

SUMARIO.

Presentacion de la respuesta del Cuerpo legislativo al discurso del trono; grabado. — **El spleen.** — **Dos niñas.** — **La duquesa de Kent;** grabado. — **Palacio provisional del Parlamento italiano;** grabado. — **El general Scott;** grabado. — **La inauguracion de la estatua de Manin;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Premios á la virtud.** — **Historia de las modas en Francia desde hace un siglo;** grabados. — **Una historia inglesa.** — **Vistas de New-Westminster;** grabados. — **El gran penitenciario en Roma;** grabado. — **Los aventureros.** — **El domingo de Cuasimodo en la baja Bretaña;** grabados.

Presentacion de la respuesta del Cuerpo legislativo al discurso del trono.

El emperador recibió el 23 de marzo á las dos de la tarde, en la sala del trono, la diputacion del Cuerpo legislativo encargada de presentarle el mensaje votado por el mismo Cuerpo en contestacion al discurso de Su Majestad.

Al frente de esta diputacion se hallaban el presidente y los miembros que componen la mesa del Cuerpo legislativo.

A derecha é izquierda del emperador, cerca del trono estaban:

Su Alteza Imperial el príncipe Napoleon, S. A. el príncipe Luciano Murat, y S. A. el príncipe Joaquin Murat;

Los grandes oficiales de la corona, los oficiales de la casa del emperador y los oficiales de servicio de S. A. I. el príncipe Napoleon;

Los ministros y los miembros del Consejo privado, los mariscales y almirantes presentes en Paris, el gran canciller de la Legion de Honor, y el gobernador de los Inválidos.

El presidente del Cuerpo legislativo leyó el mensaje concebido en estos términos:

« Señor :

El Cuerpo legislativo no sabia usar por la vez primera de las nuevas é importantes prerogativas que debe á la iniciativa de V. M., si no aplaudiese el pensamiento liberal y previsor que las ha inspirado, y si no se mos-



PRESENTACION DE LA RESPUESTA DEL CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS A S. M. EL EMPERADOR.

trase orgulloso y reconocido á la confianza de que son testimonio.

Estas libertades desenvuelven los principios de la Constitucion, adaptando de una manera sábia y progresiva su mecanismo y su juego al estado presente de la sociedad.

Esta Constitucion, fundada en vista de las dificultades que debe superar y de la obra de pacificacion que debe producir, ha preparado y hecho posible el desarrollo que recibe.

Aceptamos, con la resolucion de convertirla en bien general, la parte mayor que tiene en nuestros trabajos y en nuestra responsabilidad.

Testigo de nuestros leales esfuerzos para hacer conocer la verdad al pais como á vos mismo, la opinion pública sancionará tanto mejor vuestras decisiones y hará todavía mas eficaz nuestra adhesion á vuestra persona y á vuestra dinastía, porque cuanto contribuya á vuestra popularidad ha de aumentar vuestra fuerza.

Nada mas oportuno que exponeros con sinceridad nuestras opiniones y nuestros sentimientos; V. M. nos ha facilitado esta oportunidad trazándonos un cuadro general y anual de los sucesos del pais.

La situacion de la Francia nos ofrece el orden conservado en todas partes, las leyes obedecidas, la religion honrada; las artes y las letras alentadas, la instruccion difundida, los pueblos leales y confiados, y justo es añadir que estos beneficios, obra de vuestra sabiduría y fruto de vuestro reinado, han hecho suceder la calma en los espíritus y la seguridad en los intereses á la inquietud y á las ansiedades de nuestras discordias civiles.

Señor, el Cuerpo legislativo aplaude y celebra vuestra noble solicitud por los intereses de la agricultura, de la industria y del comercio, que son á la vez el campo donde se despliega la actividad nacional y la fuente donde se fecunda la prosperidad pública.

Nos asociamos con satisfaccion á las medidas que tienen por objeto mejorar la suerte de la agricultura, el primero de los intereses de la Francia, facilitando la salida de sus productos y bajando el precio de los artículos que ha menester.

La prosperidad de las poblaciones agrícolas es el deseo mas inteligente de los pueblos industriales; una estrecha solidaridad une todos los trabajos humanos y los confunde en un destino comun.

Esperamos que la industria francesa saldrá triunfante de la prueba que va á atravesar, pero con la condicion de que podrá procurarse las primeras materias con facilidad y á bajos precios. Tambien nuestros esfuerzos secundarán los vuestros, Señor, para apresurar la conclusion y perfeccionamiento de las vias de comunicacion. Por último, uno de los elementos indispensables para la produccion agrícola, industrial y comercial, es la confianza en el porvenir, y esta confianza no puede existir sin cierta firmeza en la legislacion arancelaria que tranquilice los intereses y aliente las empresas.

Señor, sabemos con satisfaccion que el presupuesto se nos presentará equilibrado, sin que haya necesidad de acudir al crédito ó á nuevos impuestos.

Los recursos de la Francia son inagotables como su actividad y su energía; pero vuestra política procurará precaverse para las eventualidades del porvenir, y esperamos que no se presenten circunstancias bastante imperiosas para que los créditos extraordinarios y suplementarios vengán á modificar sensiblemente las previsiones del presupuesto.

Una cosa es necesaria, Señor, para el mantenimiento y consolidacion de todos estos bienes, la paz.

Vuestra Majestad ha sido intérprete fiel del sentimiento unánime y profundo de la Francia, proclamando que lo que ella quiere es la paz.

Bajo vuestro reinado, Señor, la Francia no puede ser ni agresiva ni tímida.

Esta actitud no impide ni estorba la libre accion del pais en los asuntos en que se halla comprometido su poder y su dignidad.

Esperamos que el nuevo régimen establecido en la Argelia responderá igualmente á las necesidades de la seguridad y á las exigencias de la colonizacion.

En cuanto á Saboya y al condado de Niza, habeis incorporado al imperio, pacíficamente y en virtud de un tratado ratificado por la voluntad popular, provincias largo tiempo queridas y hoy irrevocablemente francesas.

Habeis obedecido en esta circunstancia á las necesidades de la defensa territorial, consecuencia natural del engrandecimiento notable de un Estado vecino, y vuestra política, tan firme como prudente, ha satisfecho á la Francia sin atentar contra los derechos europeos.

En Siria hemos tomado la iniciativa en una obra de humanidad, y la ejecutamos en virtud de un mandato de la Europa. Esperamos que este mandato seguirá, que podremos continuar en nuestro objeto, y que la mision santa y desinteresada que hemos aceptado se verá cumplida.

En China, nuestros soldados unidos á los de la Gran Bretaña, han añadido un nuevo timbre á nuestras armas. Semejantes á las antiguas falanjes, con la fuerza de su organizacion han herido el corazon del mas grande y mas poblado de los imperios.

Ojalá que la Francia y la Inglaterra igualmente leales en sus intenciones, igualmente sinceras en su alianza, marchen siempre unidas así, para la defensa de las causas justas y para el triunfo de la civilizacion.

Señor, el interés nacional y el tradicional que tomamos en los destinos de la Italia se ha aumentado con los enérgicos y gloriosos esfuerzos que habeis hecho, á la cabeza de nuestros ejércitos, en favor de su libertad.

‘El Cuerpo legislativo, asociándose al respeto que habeis mostrado al voto de los pueblos italianos, aprueba la sábia reserva que ha guardado la Francia en punto á los tratados, derecho de gentes y de justicia, y que sin amenguar vuestras simpatías por las naciones que reaparecen, no os ha permitido asociar vuestra política á actos que reprobais.

Señor, los documentos diplomáticos y el último envío de tropas en una crítica circunstancia, han probado al mundo entero vuestros constantes esfuerzos en asegurar al papado su seguridad y su independencia, y han custodiado su soberanía temporal tanto como lo han permitido la fuerza de los sucesos y la resistencia opuesta á los sanos consejos. Obrando de este modo ha llenado fielmente V. M. los deberes de hijo primogénito de la Iglesia, y respondió tanto á los sentimientos religiosos como á las tradiciones políticas de la Francia. En esta grave cuestion, el Cuerpo legislativo confia enteramente en vuestra sabiduría y prudencia, persuadido de que en las eventualidades, V. M. se inspirará siempre en los mismos principios, en los mismos sentimientos, sin dejarse intimidar por injusticias que nos alligen.

Señor, en diez años que hace que la Francia os ha confiado su destino, ni los obstáculos ni las luchas han desconcertado vuestra prudencia ni quebrantado vuestro ánimo; la Providencia os ha cubierto con su égida, y el pais con sus aclamaciones.

Persistid, Señor, en esta política prudente y resuelta, liberal y firme, que asegura la estabilidad de las libertades y que no tiene otra ambicion que el brillo y el honor del nombre francés.

Vuestro hijo, á la sombra de los trabajos y de las virtudes que le rodean, crecerá fortificado con vuestro ejemplo, y sabrá así gobernar un día de una manera digna de ella á una gran nacion, dueña de sus destinos, demasiado justa para que se la tema, demasiado leal para que se sospeche de ella, y demasiado fuerte para que se la intimide ó se la engañe.»

El emperador respondió:

« Señores diputados:

Doy gracias á la Cámara por los sentimientos que me expresa y por la confianza que coloca en mí. Si esta confianza me honra y lisonjea, tambien me creo digno de ella por mi constante solicitud en no apreciar las cuestiones sino bajo el punto de vista del verdadero interés de la Francia.

Ser de su época, conservar del pasado todo lo que tenia de bueno, preparar el porvenir dejando expedita la marcha de la civilizacion de las preocupaciones que la dificultan ó de las utopías que la comprometen, hé ahí cómo legaremos á nuestros hijos días tranquilos y prósperos.

A pesar de la vivacidad de la discusion, no siento de ninguna manera ver á los grandes cuerpos del Estado abordar las cuestiones tan difíciles de la política exterior. El pais se aprovecha de ello bajo muchos conceptos. Estos debates le instruyen sin poderle inquietar.

Siempre me felicitaré, creedlo firmemente, de hallarme acorde con vosotros. Salidos del mismo sufragio y guiados por los mismos sentimientos, ayudémonos mutuamente á concurrir á la grandeza y prosperidad de la Francia.»

El spleen.

¿Qué es el spleen? Yo creo que solo puede definirse diciendo en términos generales que es una de las infinitas variedades de la *tristeza*, una forma particular de la *melancolia*, de la hipocondría mas bien; y concretando mas la idea, me atreveria á decir que es el primer período de esa terrible enfermedad del ánimo (el cual tiene tambien ¿quién lo duda? sus enfermedades y sus heridas, como el cuerpo) que nos impele á aborrecer la existencia y que desde muy antiguo se designa con el nombre de *tedium vite*, — hastio de la vida. Una vez posesionada del espíritu esa fatal dolencia, sus progresos son rápidos cuanto seguros, y el resultado casi siempre inevitable es arrastrar á sus víctimas al negro y misterioso abismo del suicidio. Por el *spleen* se entra en ese espantoso camino: su maléfica influencia relaja todas las fibras, quebranta todos los resortes de la voluntad, mata el libre albedrío y convierte al hombre en un miserable autómatas. La propia destruccion es su *idea fija*: de todas las formas de la locura, esta, — la locura suicida, — es la mas horrible. Creo sin dificultad que una funesta predisposicion nativa, ciertas influencias hereditarias y aun algunas enfermedades pueden producir fatalmente en cierta manera esa lamentable enfermedad del alma, pero considero indisputable que en la mayor parte de los casos, es producto de la propia incuria y de una falta de energía de voluntad que consiste en dejarse *ir insensiblemente* invadiendo por el mal, hasta que llega á hacerse invencible, en vez de sacudirse de encima, por medio de un vigoroso empuje, á los principios, cuando todavía es tiempo de vencerle. Sucede con esto, en mayor escala, lo mismo que con el sueño, que tambien acaba infaliblemente por señorearse del que no resiste con decision sus primeros halagos. Halagos son tambien los de la tristeza en sus principios, cuando aun no pasa de ser lo que solemos llamar una dulce melancolia. ¡Ay del infeliz que no se harta de esa dulzura, que la aspira con todas las facultades de su ser y que acaba por asimilársela como una segunda naturaleza! Cuando la melancolia llega á hacerse crónica, la locura es casi siempre inevitable, el suicidio casi siempre seguro.

Recuerdo la sorpresa con que leí la primera vez en la *Relacion* del famoso auto de fe de Valladolid (1539) y luego en varias otras, al expresarse las causas porque eran condenados los reos, no en verdad á la última pena, sino á la de salir encorizados, que muchos tenían por solo delito el de ser *melancólicos*. Acaso lo que bajo esta denominacion penaba el *santo* tribunal en ellos era la tendencia manifiesta á la desesperacion y al suicidio; y aquel castigo, relativamente suave, era una simple medida preventiva, — una especie de medicamento... inquisitorial.

Inglaterra pasa, con razon ó sin ella, por el pais clásico del suicidio: lo que no admite duda es que es la patria del *spleen*. Aquellas continuas nieblas le *crian*, como nuestro hermoso cielo meridional cria el donaire y el *qué se me da á mí* de nuestros andaluces. Desde que el canceller Tomás Moro hizo en su célebre *Utopia* la apologia del suicidio, renovando las peligrosas doctrinas panteístas, empezó á cundir por Europa la opinion, acreditada por Voltaire y Montesquieu, de que los ingleses están, mas que los otros pueblos, sujetos á esa espantosa dolencia; pero yo creo que las estadísticas no confirman esta opinion. Entre tantos clubs extravagantes como ha habido en Londres, nunca he oido decir que haya existido el de *los suicidas*; al paso que segun testimonio de M. Schaen, autor de la *Estadística general y razonada de la civilizacion en Europa*, existieron clubs con esa denominacion y ese horrible objeto, en París y en Berlín, durante las guerras del Consulado y del Imperio. Un artículo de los estatutos disponia que cada año se habia de sortear á quién le tocara por turno dar á los demás el *ejemplo* de quitarse la vida. ¡Bonito ejemplo!

Tal vez haya contribuido á generalizar aquella idea el hecho de que Inglaterra es el pais en que hay mas ricos, — y por consiguiente mayor número de hastiados, pues sabido es que el hastio de los bienes de esta vida hace mas víctimas voluntarias que las privaciones y la miseria. El hastio es la mas fecunda fuente del *spleen*. El hombre aguijoneado por la desgracia rara vez tiene ocasion de dar cabida en su alma al desaliento y al tedio, salvo cuando la desgracia llega á hacerse crónica en la vida y acaba por quebrantar todos los resortes de la voluntad, todas las fuerzas del cuerpo. ¡Hay tantas y tales miserias en este mundo! la condicion de algunos seres es ¡ay! tan amarga, que verdaderamente se comprende en muchos casos la desesperacion, — mejor diria yo la *desesperanza*. Lo que yo llamo la desesperanza es esa postracion absoluta á que conducen los padecimientos morales, — esa especie de noche profunda que se forma al rededor de todas nuestras facultades y que no nos deja ver salida ninguna, por ninguna parte, al abismo en cuyo fondo insondable creemos encontrarnos, — á diferencia de la *desesperacion*, que siempre supone un arrebatto violento, un estado de fuerza, aunque momentánea y depravada. La desesperacion se quita la vida: la desesperanza se deja morir; que es otra manera de suicidio como aquella, mas triste y mas dolorosa, porque es mas lenta. La especie de epidemia suicida que diezaba los claustros en los siglos IV y V bajo los nombres de *athumia* y *acedia*, segun el testimonio de graves escritores eclesiásticos, y que san Juan Crisóstomo y san Jerónimo describen admirablemente, era una verdadera desesperanza: lo que arrastraba al suicidio á los romanos de la decadencia, segun leemos en Suetonio, bajo la odiosa tiranía de los emperadores malos, era la desesperacion. ¿Quién no ha sentido alguna vez las agudas punzadas de esta, la influencia enervante de aquella? Horroriza y aterra considerar el número de suicidios consignados desde los orígenes de la Historia hasta nuestros días.

Esas dos terribles dolencias morales, la *desesperacion* y la *desesperanza*, triste privilegio de la humanidad, — y su hartó frecuente consecuencia, mas terrible todavía, el *suicidio*, han sido en todos tiempos y creo que seguirán siendo siempre los mas tristes y los mas oscuros problemas en que puede ejercitarse la razon del hombre. Hay sin embargo ciertos hechos, enlazados con este orden de fenómenos, que juzgo de toda evidencia. En los padecimientos físicos, por mas agudos que sean (¡y Dios sabe si el dolor físico es ingenioso é inagotable en sus atroces combinaciones!...) rara vez y acaso nunca abandona al hombre la *esperanza*. Mas ó menos tenue, un destello de su hermosa luz le ilumina siempre el alma: por eso tambien muy rara vez esa clase de padecimientos nos arrastra á la destruccion voluntaria, como no sea en un raptó de exaltacion momentánea, ó de verdadera demencia. En los padecimientos morales llevados á su apogeo, la esperanza desaparece enteramente. La idea y el *amor* de la muerte invaden el alma, y la propia destruccion es entonces razonada: solo entonces es verdaderamente *voluntaria*. El hombre es el único ser animado, capaz de recibir este género de muerte. Aquí veo yo uno de los caracteres esenciales de la humanidad, que nos distingue absolutamente de las demás especies animadas. El don de la palabra, el *os sublime*, la facultad de comer sin hambre y de beber sin sed, y tantos otros caracteres que algunos naturalistas han creído descubrir en el hombre exclusivamente y con los cuales le han distinguido de las demás especies animales, nos son en realidad comunes, en mayor ó menor grado, con muchas de ellas. La inteligencia misma no podemos decir que nos pertenezca exclusivamente, pues ¿quién se atreverá á negar la inteligencia del perro, del caballo, de las abejas, de muchas aves?... Claro es que no hablo aquí del *alma inmortal*, únicamente dada á la noble criatura hecha á imágen y semejanza del Sumo Hacedor, sino del intelecto propiamente dicho, ó sea de la facultad de discurrir. Al ver cómo está

facultad va descendiendo desde el hombre hasta los últimos grados de la escala animal, sin que sea dable deslindar bien la línea que definitivamente la separa de lo que llamamos el *instinto*, á la manera que este, en los últimos límites de su escala descendente, tampoco se puede deslindar bien de los movimientos espontáneos de muchos seres de la creación que consideramos desprovistos de todo discurso y de todo instinto, naturalmente se pregunta uno á sí mismo con cierta angustia: — ¿Dónde empieza, dónde acaba el discurso? ¿dónde la razón? ¿Dónde empieza, dónde acaba el instinto? — Cuando un buen perro de caza se decide á seguir una senda, despues de haber titubeado entre varias, y aquella senda es la buena, ¿obedece á un discurso ó á un instinto? Cuando ciertas plantas buscan la luz del sol, que necesitan para vivir, ¿obedecen á un mecanismo espontáneo ó á un instinto, acaso á un discurso?... Difícil me parece demostrar que en los diferentes grados de una misma facultad — por ejemplo, la de atender á la propia conservación, — que suponen, tanto la razonada medida que toma el hombre para preservarse de un peligro, como la espontánea contracción del zoófito con que tambien se preserva de otro peligro, por mas que desde el primer grado hasta el último, la distancia sea inmensa, verdaderamente incalculable, — difícil me parece, digo, demostrar que entre estos dos grados medie una diferencia esencial. La cuestion es aquí, creo yo, solamente de *mas* ó de *menos*. Luz da el sol y luz da un candil, y supuesto que los dos *dan luz*, la diferencia entre ambos bajo este concepto, tampoco es otra cosa que una cuestion de poco ó mucho, de mas ó menos. No así cuando entre las facultades y los objetos, las diferencias son esenciales. Los naturalistas que forman con el hombre un reino aparte en la naturaleza (el reino humano), como forman otro con el conjunto de los cuerpos celestes (el reino sideral), por no acertar á encajarlos, digámoslo así, en los tres reinos conocidos de antiguo con las denominaciones de *animal*, *vegetal* y *míneral*, atribuyen al primero dos cualidades propias, esenciales y verdaderamente exclusivas, que solo él posee, á saber, la *moralidad* y la *religiosidad*. ¿No pudiera á estas dos cualidades añadirse otra, igualmente esencial, igualmente privativa del hombre, que solo él posee, con exclusion de todos los demás seres animados, que es la de destruirse á sí mismo voluntaria y razonadamente, ó para hablar el lenguaje de los frenólogos, la de la propia *destruibilidad voluntaria*? — De esta funesta facultad no creo yo que exista ni aun rastro en las demás especies vivientes.

Yo me atrevería, pues, á proponer esta definicion, como complemento de las demás que la ciencia tiene ya admitidas: — El hombre es un animal racional capaz de suicidarse.

Para vergüenza y dolor de nuestra miserable humanidad, el suicidio no ha sido nunca en el mundo un accidente muy extraordinario: cuando no el *hecho*, el *deseo* á lo menos de la propia destruccion ha dominado siempre y domina todavía en un crecidísimo número de nuestros semejantes. A cualquier gran dolor, á cualquiera contrariedad grande, si nos abandona un instante la luz de la religion ó no nos sostiene el sentimiento profundo del deber, deseamos la muerte; y sabido es que del deseo al hecho, cuando la satisfaccion de ese deseo está en nuestra mano, suele no haber mas que un paso. Tal vez lo que voy á decir parecerá una caviliosidad ó una paradoja; pero yo creo que muchos, muchísimos actos que solemos calificar de imprudencias y que acarrear la muerte, no son mas que suicidios disimulados. Suicidios son tambien las mas de las que llamamos heroicidades. Ya lo he dicho antes: espanta considerar el número de suicidas ilustres que consignan los anales de la humanidad, desde los primeros tiempos del mundo. Particularmente en las sociedades panteístas, — antiguas y modernas, pues el panteísmo es el error que mas ha cundido sobre la tierra, — la doctrina de la unidad y de la identidad de Dios, del alma y de la materia, — el alma universal, — no viendo en la muerte mas que un simple cambio de forma, — una metempsicosis, — convierte el suicidio en una accion indiferente y casi meritoria. Así es que los suicidios en la India son colectivos, y en algunas partes, legales y hasta religiosos. En este caso están los de las viudas, para quienes son allí un deber sagrado. Platon nos ofrece un poético y sentido testimonio de la antigüedad del suicidio y de una de sus causas frecuentes en las sociedades paganas, cuando dice por boca de Sócrates en este pasaje del *Fedon*: «Muchos hombres hay que por haber perdido sus mujeres, sus hijos ó sus amigos, bajan voluntariamente al Averno, conducidos por la esperanza de que allí verán á aquellos á quienes aman y vivirán con ellos.»

Horacio, Juvenal, Séneca sobre todo nos dan una completa idea de la naturaleza y de los estragos del suicidio en la sociedad romana. *Mori licet cui vivere non placuit*, era allí el terrible dogma de los estoicos. Un dogma era tambien entre los bárbaros del Norte la muerte voluntaria, camino el mas seguro para llegar al paraiso de Odin, divinidad suicida de la mitología escandinava. La vida era de tan poco valer para aquellos pueblos que, al decir de Valerio Máximo, acostumbraban solemnizar con llantos los dias de nacimiento y con cantos y festines los de muerte. Aun subsiste la segunda parte de esta costumbre en Escocia, de que da testimonio Walter Scott en su preciosa *Bride of Lammermoor*. No bastó el cristianismo á desarraigar de las nuevas sociedades regeneradas el germen de la destruccion voluntaria, y los mas grandes doctores de la Iglesia, san Jerónimo, san Agustín, hubieron de esgrimir mas de una vez contra ella las armas de su sagrada elocuencia.

Lo repito: es tan grande la suma de los dolores fisi-

cos y morales distribuida entre los hombres por la inescrutable voluntad de la Providencia; son tan tristes ¡ay! las desigualdades, sin duda aparentes, que en esa distribucion repugnan á nuestros limitados instintos de equidad, á nuestras imperfectas nociones de justicia, que no es en verdad de admirar, aunque sí muy de reprobar y lamentar profundamente, que el *deseo* y aun el *amor* de la muerte constituya uno de nuestros mas poderosos instintos. He hablado de los dolores físicos. ¡Ah! realmente la naturaleza es una ingeniosa y sabia martirizadora. Desde la punta del cabello hasta las uñas de los pies, no hay una sola parte de nuestro cuerpo que no pueda ser y sea con frecuencia el centro de atroces dolores. Muy poderoso debe ser ese instinto cuando tantos y tan inútiles afanes ha costado en todos tiempos refrenarle, y cuando con tanta frecuencia se sobrepone al otro instinto de la propia conservación, que es el mas poderoso en todas las especies animadas. A pesar de la fuerza *conservadora* de este, ¡ay del infeliz, dejado por un momento de la mano de Dios, que entregado nada mas que á la luz de su propia razon, se pone á sí mismo el amargo dilema de Hamlet: *Be or not to be!*... No sucumbirá tal vez al impulso destructor que seguramente hará oír en el fondo de su alma una voz llena de sofismas seductores, pero la lucha será terrible... ¿Quién no ha deseado alguna vez el descanso del sepulcro? Y ese mismo *deseo* ¿no es ya un suicidio intencional, á la manera que desear la muerte de otro es una especie de asesinato moral, un crimen de intencion? Muy contados serán los hombres que no hayan prorrumpido alguna vez en estas desesperadas palabras de Job, palabras á que desde el principio del mundo están sirviendo de paráfrasis los eternos lamentos de la humanidad doliente: «¿Porqué fué dada la luz á los desgraciados y la vida á los que yacen en la amargura del corazon, y esperan la muerte sin que llegue, semejantes á los que cavan la tierra en busca de un tesoro y se estremecen de alegría cuando han encontrado la sepultura?»

Chateaubriand, en sus *Memorias de Ultratumba*, cuenta la tentativa varias veces repetida y siempre afortunadamente frustrada que hizo en su juventud para quitarse la vida y concluye su relato con estas palabras: «Si entonces me hubiera matado, todo lo que he sido se sepultaba conmigo: nada se habria sabido de la historia que me condujera á aquella catástrofe; hubierá ido á aumentar el número de los desgraciados sin nombre, y no me habria hecho seguir por el rastro de mis amarguras como se sigue á un herido por el rastro de su sangre.»

Si todos los hombres escribieran con sinceridad las memorias de su vida, ¡cuántas confesiones como esta vendrian á probarnos que ni la luz de una elevada inteligencia, ni aun la fe misma bastan siempre para sojuzgar el poderoso deseo, — cuando no el terrible hecho — de la propia destruccion, que la pasion, el dolor y mas comunmente el tedio suelen despertar en las almas! He citado las propias palabras de Chateaubriand porque son las de un católico eminente. Lamartine en muchas de sus obras, señaladamente en *Rafael*, nos revela iguales desfallecimientos. Casi todos los hombres ilustres, cuya vida nos es bien conocida, han pasado por las mismas luchas: de Rousseau, de Goethe, del gran Napoleon, de otros cien, se sabe con evidencia.

Y sin embargo el suicidio es la mas grande ofensa que el hombre puede hacer á Dios, — la única que no comporta reparacion ni aun propósito de la enmienda. De cualquier manera que se considere, es el mayor de los crímenes.

EUGENIO DE OCHOA.

Dos niñas.

Anoche ví á dos niñas
¡Válgame el cielo!
Mas brillantes y lindas
Que dos luceros.
Y suspirando,
Mi corazon tras ellas
Se fué volando.

Yo no sé quién al verlas
Dijo: «me abrasan,»
Y añadí: «por tenerlas
Diera mi alma;
Que estoy de ellas
Mas prendado que el cielo
De las estrellas.»

Mas veo, Mariquita,
Que tú te enojas:
¿Es porque mis palabras
Hoy te incomodan?
Desecha enojos;
¿No ves que eran las niñas
De tus dos ojos?

JOSÉ C. BRUNA.

La duquesa de Kent.

El *Times* publica los siguientes apuntes biográficos de la difunta duquesa de Kent, dando cuenta al propio

tiempo del íntimo parentesco de dicha señora con la familia real de Inglaterra:

«Por medio de la duquesa de Kent, como asimismo de su sobrino el príncipe Alberto, hemos establecido entre nosotros, á la cabeza de nuestro gobierno, una nueva dinastía que procede de Franz Federico Antonio, duque de Sajonia-Coburgo-Saalfeld. El hijo mayor de este príncipe alemán fué el duque Ernesto, padre del príncipe Alberto, y el mas joven, Leopoldo, marido de la princesa Carlota, en la actualidad rey de los belgas. Una de sus hijas fué Victoria María Luisa, duquesa de Kent, madre de nuestra reina.

La familia Coburgo, fijada en el ducado sajón de Coburgo-Saalfeld (desde 1826 Coburgo-Gotha) no ha entrado hasta hace algunos años á figurar en primera línea en la política europea. Su importancia respecto á este punto puede decirse que data del año 1816 en que el hijo mas joven del duque reinante se casó con la heredera presunta del trono de la Gran Bretaña. Desde entonces esta familia ha venido adquiriendo grande influencia en las cortes de Europa, extendiendo sus alianzas no solamente en Inglaterra, sino en Prusia, en Austria y en muchos otros pequeños estados alemanes.

A la cabeza de estos enlaces figura el duque de Sajonia-Coburgo-Gotha por derecho de familia; su hermano el príncipe Alberto, por el poderoso derecho de posicion; y el rey de los belgas por el derecho mas elevado todavía de carácter é influencia. La duquesa de Kent nació el 17 de agosto de 1786, de manera que ha fallecido á la edad de setenta y cuatro años. A los diez y siete se casó con Enrich Carlos, príncipe reinante de Leiningen, de quien tuvo un hijo y una hija. Poco tiempo ha tuvimos que dar cuenta de la muerte de este soberano, cuyo hijo, el actual príncipe de Leiningen, es jefe de la escuadra británica. La princesa de Leiningen enviudó en 1814, y se encontró tutora única de sus hijos y regente del principado de su esposo. Dos años despues fué cuando su hermano Leopoldo se casó con la princesa Carlota.

Debemos ahora recordar cuán brillantes fueron las esperanzas que este fausto acontecimiento hizo concebir al pueblo inglés, y cuán presto se desvanecieron tambien.

La princesa Carlota murió el año 1817; la familia Coburgo perdió con esto la perspectiva de fundar una dinastía en el trono de estas islas, mientras que el pueblo británico tuvo que pasar no solamente por el dolor de perder á una princesa á quien adoraba, sino el encontrarse tambien en una gran dificultad respecto á la sucesion.

Bajo el imperio de estas circunstancias apremiantes tres reales duques, el de Clarence (despues Guillermo IV), el duque de Kent y el duque de Cambridge, contrajeron inmediatamente enlaces con princesas alemanas, y se casaron los tres con algunas semanas de diferencia el uno del otro. El duque de Kent eligió la hermana del príncipe Leopoldo, princesa de Leiningen, celebrándose la boda por procuracion en Coburgo el 29 de mayo de 1818, y rectificándose despues en Kew el 11 de julio del mismo año. La posicion del duque era muy crítica; hasta la edad de 32 años no se habia atendido á su fortuna, y habiendo por otra parte servido en la marina real inglesa como oficial durante un período de guerra, habia experimentado una serie de pérdidas considerables; así es que el duque, con la mira de hacer economías, fué á establecerse en el continente en el palacio de Amorbach, propiedad de su consorte. Al poco tiempo la duquesa tuvo esperanzas de ser madre, y el duque, acordándose de uno de los consejos de su padre, se apresuró á trasladarse á Inglaterra con el objeto de que su futuro vástago, heredero presunto del trono, «naciera breton.»

Un mes despues de su llegada á Inglaterra, el 24 de mayo de 1819, nació la princesa Victoria en el palacio de Kensington. A los ocho meses despues falleció el duque de una enfermedad al parecer insignificante, un ligero resfriado. La princesa Victoria se quedó sin padre y la duquesa de Kent enviudó por segunda vez. La subsiguiente vida de la duquesa fué reasumida modestamente por ella misma en la contestacion que dió al mensaje de felicitacion que le fué presentado con motivo de la mayoría de su hija, y nada mejor podríamos hacer que citar aquí algunas de sus frases.

«Paso en silencio la primera parte de mis relaciones con este país, dijo. Solo observaré brevemente que las circunstancias de mi difunto esposo y mis deberes nos obligaron á residir en Alemania; pero el duque de Kent con muchas contrariedades, y yo con gran riesgo personal, volvimos á Inglaterra para que nuestro niño «naciese y se educase como breton.» A los pocos meses mi niña se quedó huérfana de padre y yo sin marido. Ambas nos quedamos solas y casi sin amigos en este país cuyo idioma apenas conocia. No vacilé un instante respecto á la manera como debía obrar. Abandoné mi patria, mi familia, mis deberes (la regencia de Leiningen), para consagrarme á lo que debía ser el objeto exclusivo de mi existencia futura. En la realizacion de este deber me ví apoyada por el país, que depositó en mí su confianza, cuya última prueba me dió con el acta que me conferia la regencia. En tiempos difíciles he evitado el inclinarme á ninguno de los partidos que componen el Estado; pero si he hecho eso, no he cesado nunca de enseñar á mi hija sus deberes y la manera de saberse adquirir con su conducta el respeto y afecto de su pueblo. Le he enseñado á considerar esto como el primer deber de un soberano constitucional en la tierra.»

Poco tenemos que añadir á esta verídica relacion. Lo principal que tenemos que decir es que la duquesa de Kent realizó grandes cosas con muy escasos medios. El duque murió dejando muchas deudas, y la duquesa abandonó todas sus propiedades á los acreedores. La viuda carecia hasta de ajuar, y solo contaba con su viudedad de 6,000 libras esterlinas al año.

A causa de algunas informalidades en el acta del Parlamento, se encontró que ni aun esta mezquina asignacion pudo cobrar por algunos meses despues de la muerte del duque. Su principal apoyo y consejero en medio de estas pruebas fué su hermano el príncipe Leopoldo, que le señaló una renta de 3,000 libras anuales de su fortuna privada. El príncipe no retiró esta pension á su hermana, sin embargo de que en 1825, teniendo ya la princesa Victoria seis años de edad, fué necesario obtener del Parlamento un aumento de 6,000 libras mas á su asignacion anual, destinadas á su educacion como presunta heredera del trono. El príncipe Leopoldo no retiró la pension á la duquesa hasta en 1831 en que, siendo nombrado rey de los belgas, creyó de su deber renunciar á las 35,000 libras que cobraba de Inglaterra, y cuando la cámara de los comunes señaló á la duquesa de Kent 10,000 libras mas cada año.

La razon de referirnos de una manera particular á este aumento de renta gradual no se dirige tan solo á manifestar las obligaciones de nuestro soberano para con el mas astuto miembro de la familia Coburgo — el discurso no es mas que un indicio de la influencia moral ejercida por el prin-



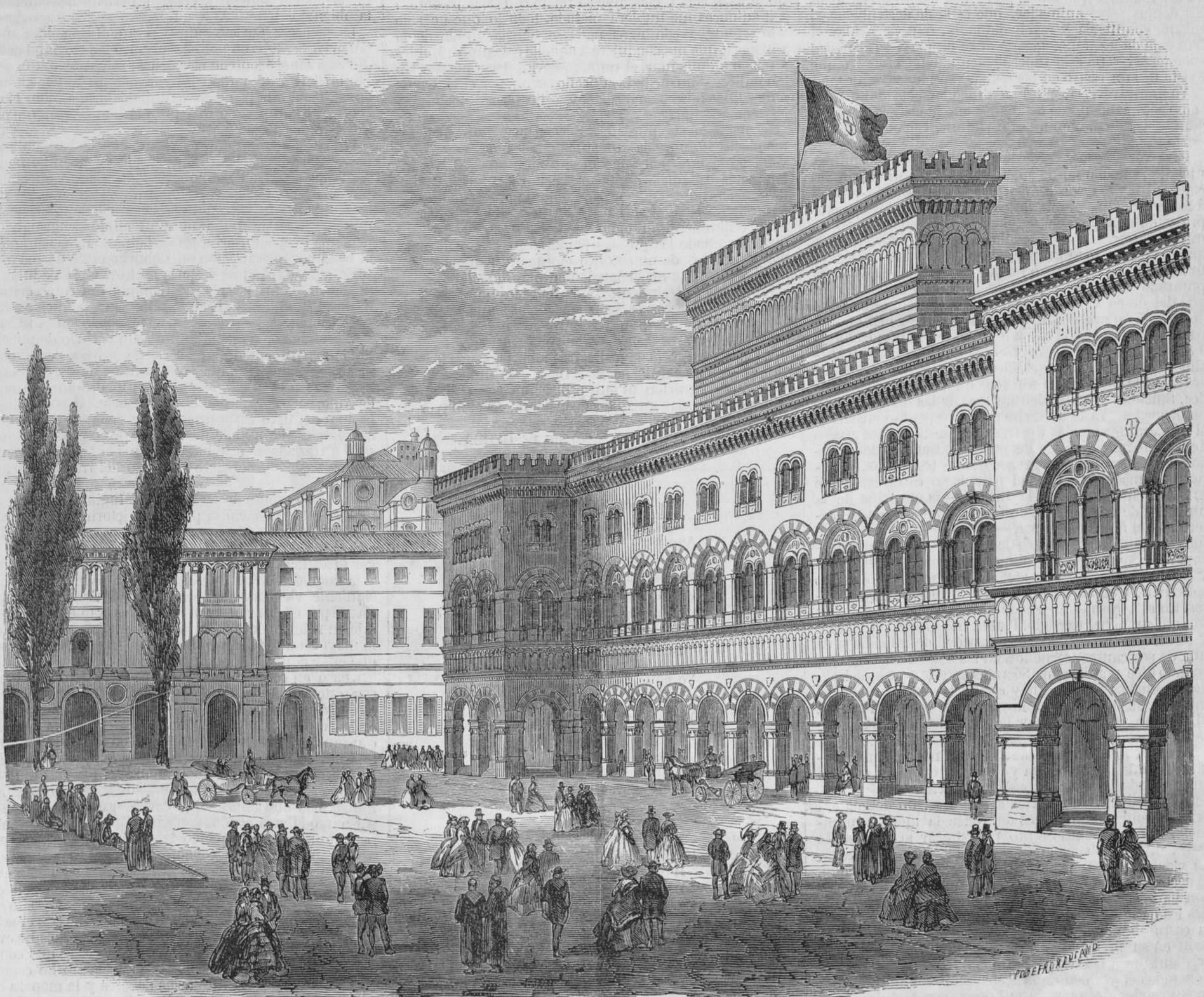
LA DUQUESA DE KENT.

cipe Leopoldo, — sino que tambien podemos señalar al propio tiempo la creciente confianza de las Cámaras en la duquesa de Kent.

Las muestras de consideracion que recibia cada vez que se mencionaba su nombre, debian afectarla profundamente. En nuestros dias que tan débil es el espíritu de partido, hay una parte de sus alabanzas que se comprenderá apenas. La duquesa podia vanagloriarse de haberse mantenido apartada de los partidos; y tanto como esta independenciam, el talento con el cual habia criado á su hija le valió una manifestacion del mas alto valor en 1830.

Fué entonces necesario determinar quién seria regente en la eventualidad de que el rey Guillermo falleciera durante la minoría de la princesa Victoria, y el parlamento decretó que en este caso la duquesa de Kent — comparativamente una extranjera que solo habia vivido una docena de años en Inglaterra — seria regente única. Esto fué un cumplimento raro. El rey Guillermo murió un mes despues de haber llegado á ser mayor de edad la princesa Victoria; si el rey hubiese muerto algunas semanas antes, ahora tendríamos no tan solo que lamentar la pérdida de la madre de nuestra reina, si que tambien de una persona que habria ejercido el poder supremo en estas islas.

Esto solo dependió de una vuelta mas ó menos en la rueda de la fortuna. Sin embargo, como regente, la duquesa hubiera podido ser de derecho, como lo fué realmente, la guía y tutora de la reina. Aunque conservaba esta influencia, la duquesa de Kent dejó de



PALACIO PROVISIONAL DEL PARLAMENTO ITALIANO EN TURIN, ARQUITECTURA DE LOS Sres. PAOLO CAMOTTO Y AMADEO PEYRON.

ejercerla en 1837, cuando los ministros de la corona fueron consejeros de S. M., y mas todavía en 1840 cuando su hija dió la mano de esposa á su sobrino.

Entonces quedó terminada su misión. La duquesa habia cumplido con su deber, y desde aquel momento nada le quedaba que hacer sino recoger la recompensa, la cual halló en el respeto del pueblo, en el afecto de una familia cariñosa y en el triunfo de sus mas ardientes deseos por su felicidad.»

El general Scott.

El general Scott, dicen los periódicos unionistas de la América del Norte, es mas capaz que ningun otro de hacer entrar de nuevo á los Estados separados en la confederación que acaban de abandonar.

Todo el mundo sabe la parte activa que tomó el general Scott en la guerra de 1812 y en la de Méjico, y la habilidad con que desempeñó en 1838 su misión entre los indios Cherokees.

Desde hace veinte años manda en jefe las fuerzas americanas, llenando siempre sus importantes funciones de una manera digna de todo elogio. El celo que ha desplegado en la crisis actual para prevenir una lucha deplorable entre el Norte y el Sur, y al mismo tiempo todos los medios á que ha echado mano para asegurar previamente, en cierto modo, el triunfo de la causa que sirve, inspiran á los americanos del Norte la mayor confianza, y han granjeado al general Scott la simpatía de todos sus conciudadanos.

P. P.



EL GENERAL SCOTT, comandante en jefe de las tropas de los Estados Unidos

La inauguracion de la estatua de Manin.

En esta página publicamos el dibujo de una ceremonia que acaba de tener lugar en Turin, la inauguracion de un monumento levantado al patriota italiano Daniel Manin. Sobre un pedestal se alza la estatua de la Italia victoriosa, teniendo en la mano derecha una palma, y apoyando la izquierda en un medallon donde está grabada la figura del gran ciudadano de Venecia.

La ejecucion de este monumento se confió al veneciano señor Vela.

Los guardias nacionales formaban en torno de la estatua. La municipalidad de Turin, con el síndico á la cabeza, abria el cortejo, y seguian: diputaciones del Senado y de la Cámara de los diputados, los miembros de la emigracion veneciana, generales venecianos, húngaros y polacos, una diputacion de las escuelas, y por último la comision que ha vigilado la construccion del monumento, y un crecido número de amigos de Manin.

El número de senadores y diputados era considerable: Asistian el conde de Cavour, presidente del consejo, los señores Sclopis y Ratazzi, presidentes del Parlamento, con los señores Depretis, Peruzzi, Macchi, Pepoli, Brofferio, los generales Turr, Cosenz, Sistori, y muchos oficiales y periodistas italianos y franceses. Tambien se veian muchas señoras en esta ceremonia, que ha sido una gran fiesta patriótica cuyo eco ha resonado en toda Italia.

P. P.



INAUGURACION DE LA ESTATUA DE DANIEL MANIN EN LA CIUDAD DE TURIN.

Revista de Paris.

Como en Paris las solemnidades religiosas carecen de brillo exterior, y todas las fiestas de la Iglesia se celebran, digámoslo así, á puerta cerrada, un extranjero que llegara por primera vez á esta gran ciudad en los días de la semana santa y viera á todo el mundo entregado á sus ocupaciones particulares lo mismo que en lo restante del año, se formaría al pronto una idea equivocada de las costumbres de los parisienses en punto á religion. Sin embargo, el error no tardaría mucho en disiparse, pues si es cierto que en Paris no se ven las procesiones ostentosas de Sevilla, de Madrid ó de Toledo, para no citar mas que aquellas que nos son conocidas, no por eso la poblacion acude menos á los templos y asiste á todas las ceremonias con igual fervor que en los países donde todo trabajo queda suspendido en esos días solemnes. Lo que es verdad tambien, es que en Paris hay, como suele decirse, gente para todo; primeramente hay libertad de cultos, y bajo este concepto, se cuentan aquí personas de distintas religiones, si bien la mayoría católica es inmensa; y despues entre los católicos hay muchos que saben cumplir á un tiempo con sus devociones y con las exigencias de la posicion social que ocupan. Cuando dijimos que los parisienses saben conciliar los placeres mundanos con la devocion, que no faltan á un baile ni dejan de oír la voz de un predicador de fama, no hicimos mas que consignar un hecho notorio. Nada absorbe en Paris completamente: el multiplicarse para estar en todo, para verlo y juzgarlo todo, para cumplir con un deber cualquiera, es como una facultad natural que poseen los franceses, y que practican sencillamente, sin ningun esfuerzo.

Tambien contribuye mucho á dar un carácter profano á la semana santa una fiesta tradicional que tiene lugar el juéves y el viérnes, á la que acude un gentío considerable, y es el paseo de Longchamps, donde está convenido que se inauguran las modas de la primavera. De grado ó por fuerza, que llueva ó haga sol, se da por principiada la estacion de las flores, y con ella se renuevan para las damas esas preocupaciones de la moda que las tienen en un cuidado eterno.

En Paris se dice que Longchamps no existe ya tal como existió en otro tiempo; pero no es menos cierto que el viérnes último las avenidas de los Campos Elíseos estaban inundadas de gente que asistia como de costumbre á contemplar en los carruajes y caballos de lujo las primeras novedades de la elegancia en los trajes de las señoras y los caballeros. Longchamps continúa siendo una exposicion anual de las modas de Paris, en la que se interesa naturalmente la parte femenina de la poblacion, y que subsistirá mientras este interés no se pierda. — Hay que convenir en que el asunto está en buenas manos.

Una cantatriz célebre conocida en ciertos puntos de América donde ha cantado con gran éxito, la Rosina Stolz, se encuentra hace tiempo en Paris, donde se ocupa no ya en añadir nuevos lauros á los que hicieron su reputacion en el teatro de la Grande Opera, sino en la construccion de un palacio campestre de arquitectura griega, situado en el bosquecillo del Vesinet en las inmediaciones de esta capital.

Todos los paseantes que aciertan á pasar por el punto donde la cantatriz retirada del teatro piensa fijar su residencia, se extasian en la contemplacion de ese monumento singular que recuerda las mas suntuosas « villas » italianas.

El terreno donde edifica Rosina Stolz esta morada espléndida, sirvió antiguamente de base á otro edificio elevado tambien por otra mujer célebre, y cuya historia nos han dado á conocer esta semana los periódicos al tratar de las mejoras que se están llevando á cabo en la actualidad por esa parte de las afueras.

Se trata de un episodio de los amores del rey Luis XIV.

El gran rey, como le llaman los franceses, jóven aun, habia cambiado ya varias veces de favorita, y le tocaba el turno á la orgullosa Montespan, que iba á ser reemplazada por la graciosa Mlle Fontanges.

— Yo no podré resistir el abandono; mi muerte es cosa segura; exclamaba la Montespan, aunque sabia muy bien que no habian muerto sus antecesoras, la bella Mancini y la afectuosa La Valiere.

Como es sabido, pues los amores de Luis XIV se hallan bien consignados en la historia, La Valiere se habia retirado al convento de las Carmelitas de Paris.

— ¿Dónde me retiraré yo? se preguntaba la Montespan.

Las ideas de retiro se hallaban entonces muy en moda.

Cada cual queria hacerse cenobita, ó por lo menos queria parecerlo, si tenia que purgar algun pecadillo juvenil ó si deseaba ocultar alguna cosa.

Luis XIV la habia regalado el bonito dominio de Clagny, que se hallaba próximo á Versalles; pero era una vivienda mundana, y como además habia que hacer algunas obras, mientras podia ocuparse en dirigirlas, dijo al rey:

— Señor, he encontrado un retiro.

— En hora buena; ¿y dónde está?

— En el bosque del Vesinet.

Luis XIV se sonrió, pues eran los bosques que preferia para cazar.

— Vamos, veo que quiere verme á menudo.

— Ahora solo me falta una cosa.

— ¿Y cuál es?

— El permiso para habitar mi retiro.

— Nada puedo negaros yo; está otorgado.

La Montespan se apoderó entonces de un pabelloncito que se hallaba en el Vesinet, y que servia para hacer alto á los cazadores.

En adornarle gastaron como unas veinte mil libras, cantidad enorme en aquel tiempo.

La habitacion no podia ser mas reducida. Consta de tres piezas, una para el ama, otra para la camarera, y otra para un criado que tenia orden de no dejar penetrar á nadie en el retiro.

Muy luego, lo mismo en Versalles que en Paris no se hablaba mas que de una cosa; del encierro voluntario de la favorita.

— La Montespan se ha retirado del mundo.

— ¿Y para qué?

— Para hacer penitencia.

— ¿Dónde está?

— En una ermita de los bosques del Vesinet.

— ¿Nadie puede verla?

— Nadie absolutamente.

Al proto Luis XIV se echó á reír de todo aquello; pero habiendo ido á cazar algunos días despues al bosque en cuestion, penetró en el retiro, sin hacer caso de la consigna del guardián, y se quedó maravillado con lo que veia.

No habia en aquella pieza mas que un reclinatorio de terciopelo y un gran crucifijo de marfil.

La penitente estaba de luto rigoroso.

— ¿Qué quiere decir esto? exclamó el príncipe; os habeis alejado demasiado, no de la corte, sino de vuestros hijos. Deseo que cambiéis de habitacion.

— ¿Para ir á dónde?

— Al palacio de Clagny.

— ¡Se halla en tan mal estado!

— Dentro de tres días se habrán hecho en él las obras convenientes.

La Montespan no supo resistir al rey; obedeció, y el oratorio volvió á ser lo que habia sido antes, un punto de parada para los cazadores.

Hoy en aquellos bosques que fueron antiguamente guaridas de malhechores, se eleva un caserío elegante, en el cual descuella el espléndido palacio de Rosina Stolz, edificado, como hemos dicho, sobre las ruinas del oratorio de la Montespan.

La anécdota que acabamos de contar está muy en el gusto de las cosas del día. La literatura francesa, novela y teatro, parece que no tiene otro fondo en la actualidad; sus heroínas privilegiadas son las favoritas, las cortesanas, las reinas de ese mundo ó « medio mundo » como dice Alejandro Dumas, hijo, que ha sido uno de sus principales introductores, si no el principal de todos ellos.

Hé aquí sin embargo un autor jóven y de talento, M. Noriac, que acaba de publicar un libro bien pensado y bien escrito contra esa tendencia fatal á convertir en objetos de admiracion á las heroínas de Alejandro Dumas.

El argumento es sencillísimo; una dama que se acerca á los cuarenta se halla atacada de un esplen mortal; es rica, de corazón seco, si es que lo tiene de cortos alcances; jamás ha sabido amar á un hombre, y sin embargo entabla relaciones amorosas con un jóven, Teodoro Vivier, que carecen de todo interés, porque ni siquiera un pretexto hay para ellas.

Un día esta dama ociosa, hace una buena accion, no guiada por nobles sentimientos, sino por distraerse; va á sacar de una miserable choza á una ahijada suya, que una vez engalanada en Paris, es una jóven bellísima.

Magdalena es de una sencillez encantadora; todos los que la tratan la admiran, pero su virtud resiste á todas las seducciones.

Esta admiracion general pone en un tormento continuo á su madrina, y de aquí malos tratamientos y violencias que trastornan la cabeza á la jóven, y la inspiran el deseo de eclipsar á su protectora.

Si, la dulce y hermosa Magdalena en un momento de locura abandona la casa donde ha sido recogida, para ir á vivir en un palacio suyo; Magdalena tiene aderezos, coches y lacayos; tiene una corte de admiradores que á porfia la festejan... animada de un implacable deseo de venganza ha quitado á su madrina su amante, sus criadas, todo, hasta su hijo, que es un colegial tímido y ruboroso, con toda la traza del muchacho que se entrega á las primeras escapatorias.

La vida de Magdalena en su nueva posicion está contada de un modo interesante; á medida que el autor va llegando al fin, su estilo se anima, la escena se aclara, el interés se aumenta. Ya está olvidada la dama vulgar que no ha sabido amar á su esposo, ni educar á su hijo, ni ser una mujer honrada, cuando eso la habria sido tan fácil; no se piensa mas que en Magdalena consagrada á sus esfuerzos para encontrar nuevamente la calma que ha despreciado.

Y sin embargo, la pobre jóven no está perdida del todo... está extraviada, y así la vemos buscar el humilde camino de la virtud. ¡Vano intento! La sociedad la desdeña, pero por fortuna la queda su familia.

Su hermano que está casado la recibe bien, la abraza tiernamente; su cuñada se muestra afectuosa, el niño la acaricia y la dice con sencillez:

— ¿Porqué no puedo ir á tu casa? ¿Hay lobos en ella?

Magdalena huye con el corazón despedazado, despues de haber visto que todo la rechaza, que el bien, el honor y el amor no tienen un puerto donde pueda ponerse al abrigo de su completo naufragio.

Entonces corre á refugiarse con su madre; vuelve á su humilde choza, se pone su tosca basquiña de aldeana; trabajará en las faenas campestres como hizo antes. Ya está encontrado el puerto... mas ¡ay! el padre ha ido á presidio por haber querido enriquecerse robando; la madre se ha vuelto loca, y cuenta piedras como si fuesen monedas de oro.

El perro, compañero de infancia de Magdalena, es el único amigo que le queda; quiere acariciarle; el animal le reconoce y se acerca dando saltos de júbilo, pero la cortesana ha ocultado bajo su humilde vestidura su ropa blanca de fina batista perfumada, y el perro acostumbrado al aroma de las flores y las yerbas silvestres, retrocede al olor del iris y la verbena.

Tal es la novela de M. Noriac, de cuyo argumento hemos querido hacer un ligero análisis, tanto porque es un libro que obtiene actualmente en Paris un éxito ruidoso, como por el motivo que hemos dado ya, por que es obra que pertenece á la literatura sana.

MARIANO URRABIETA.

Premios á la virtud

OFRECIDOS POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE.

El 15 de marzo ha tenido lugar en Madrid, bajo la presidencia de SS. MM., la solemne distribucion de los premios ofrecidos por la Sociedad económica matritense, á los que se han distinguido durante el año último en toda la provincia de Madrid, por sus acciones virtuosas.

Al entrar SS. MM. á quienes recibieron todos los individuos del jurado, se cantó el siguiente himno, letra de don Braulio Anton Ramirez y música de don Rafael Hernando y Palomar.

La virtud desde el trono del cielo
Sus adictos desciende á premiar:
Extasiados la miran los justos;
Los protervos ocultan la faz.
Sacro fuego las venas inflama
De esos hijos de paz y de amor:
Imitad su heroísmo en la tierra:
Él es grato á los ojos de Dios.
La esperanza fué siempre su guia,
Por la fe consolaron el mal:
Hoy se agrupan en este recinto
La esperanza, la fe y caridad.

Colocadas SS. MM. bajo el trono, y hallándose rodeadas de una concurrencia brillantísima y numerosa que llenaba el gran salon del Conservatorio, dióse principio al acto leyéndose por el secretario la memoria en que aparece la lista de las personas premiadas.

Por su amor paternal lo fueron con seis mil reales, doña Francisca de Diego, que hace diez y ocho años cuida á una hija demente y á un esposo enfermo, y ha resistido consentir que los saquen de su casa; y con mencion honorífica, á doña Agustina Meneses, que quedó viuda con cuatro hijos de menor edad y que los ha mantenido y dado carrera á fuerza de privaciones; y á doña Cecilia Arenas, que ha tenido que sujetarse por espacio de quince años á los trabajos mas humildes para mantener y educar cinco hijos con que quedó igualmente viuda.

Por su piedad filial, ha recibido un premio de dos mil reales, doña Amalia Roman y Blanco, que con el trabajo de sus manos ha sostenido á su padre enfermo y demente y á un hermano, habiendo contraído por sus afanes una afeccion del hígado, á pesar de lo cual ha seguido en su santa tarea. Tambien fué premiada con mil y quinientos reales, Josefa Falces de García, que con el pequeño jornal de su marido que es albañil, sostiene su familia de cuatro personas y á su padre anciano y maniático. Otro premio de mil y quinientos reales se ha dado á Josefa Chasco, que sostiene hace diez y ocho años á su madre y su hermana, las dos ciegas de cataratas. Tambien se ha dado un premio de mil reales, á Patrocinio Garcia, que desde edad de trece años ha mantenido á su madre, primero con su jornal de aprendiz de zapatero, despues con la racion y el prest de soldado, pues sentó plaza de corneta en los cazadores de las Navas. Herido al parecer de muerte en Africa en 1859, envió á su madre desde el hospital los ahorros que escondia entre sus harapos, y hoy restablecido de su herida trabaja nuevamente para sostenerla. Ultimamente han merecido mencion honorífica por su piedad filial, Valentina Hernandez, que cuida á su padre enfermo hace diez años; Pedro Suarez, que sostiene á su madre y cinco hermanos; y don Antonio Gazo, que con un sueldo de cuatro mil reales sostiene hace quince años á su madre y hermana y á su nodriza.

Por su caridad y benevolencia, han sido premiados: con cuatro mil reales doña Antonia Fuertes, que por muchos años ha cuidado día y noche á una hermana loca; con tres mil reales, Trinidad Diez, que prohió á cinco huérfanos de su hermana, y hasta recogió á una niña, hija de una de las prohijadas; con dos mil reales, Paulina Piriane, que pobre y con dos hijas, recogió á una niña huérfana y enferma; con mil reales, Ciriaco Flores, honrado artesano, casado, con tres hijos menores, que recogió y parte su pan con tres hijos que dejó su suegra; Vicente Morras, pobre peon de albañil, que sostiene como propia á una niña que entregaron á su mujer para que la criase, y á la que abandonaron sus padres; Tomás Pardo, mozo de tahona, con cuatro hijos, que cuida á otros cuatro, huérfanos de un amigo suyo; Benigno Chies, carpintero, que sin mas bienes que su trabajo y con dos hijos pequeños, mantiene á su anciano padre y á dos huérfanos que ha recogido; Eugenia Closset, que por espacio de diez y ocho años, y desde la edad de doce trabaja día y noche en su oficio de corsetera, para sostener á su anciana y achacosa madre, á una hermana suya con una hija y al marido de aquella, cesante hace años y sin ocupacion alguna; Pio Robles, carretero, pobre y ciego, que sostiene hace veinte y cinco años á un niño expósito, llamado Luis, que sacó de la Inclusa, y que resultó hallarse imbecil, paralítico y enfermo; y Gregoria Tizon, que sostiene hace diez años á la huérfana de un jornalero, á la que ha dado educacion, exponiéndose hasta á la calumnia de que se la reputara su madre; y últimamente, ha sido premiado con mencion honorífica, por su caridad y benevolencia, don Manuel Rodriguez Villargoitia, que en 1847 recogió á un jóven de doce años, á quien ha dado oficio, á pesar de la escasez de sus recursos, y tratado como si fuera su hijo.

Por sus virtudes en el servicio doméstico, han sido premiados: con seis mil reales, Manuella Diaz, cuya vida es hace muchos años una serie de sacrificios, cuyo sencillito relato conmueve profundamente, pues viendo enferma

aire pensativo envolviéndose en sus pieles. Luego guardó silencio.

Seguimos los pasos de los hombres que nos precedían y llegamos en breve á algunas chozas situadas cerca de un camino de atajo. John tomó un farol del coche y entró en una cabaña. Con gran sorpresa por mi parte ví que lord Ravenel le siguió. Yo me quedé solo teniendo las riendas en mi mano, con dos ó tres hombres que daban vueltas en torno del carruaje, pero que no me hicieron daño alguno.

Cuando John salió algunos instantes despues, uno de ellos cogió el látigo y se le entregó respetuosamente.

— Gracias; ahora, amigos míos, ¿quereis decirme lo que deseais de mí?

— Dinero, exclamó uno.

— Trabajo, dijo otro.

— Pues buen modo habeis adoptado para obtenerlo. Detenerme de noche en un camino solitario como hacen los ladrones. No creia que hubiese en Enderly un solo hombre capaz de semejante cobardía.

— No somos cobardes; llevais pistolas, M. Halifax.

— Me habeis obligado á llevarlas. Mi vida es tan preciosa para mi mujer y los míos como... la de ese pobre hombre lo era para los suyos. Que Dios nos ayude, amigos míos, repuso al cabo de una pausa. Todos tenemos momentos penosos que pasar, pero deberiais conocerme mejor. ¿Porqué no habeis venido á mi casa á pedirme honradamente un socorro?

— Gracias, le respondieron por todas partes.

— ¿No nos llevareis á la cárcel? exclamó un anciano.

— No, á menos que no querais atacarme otra vez; pero no tengo miedo; confío en vosotros. Ved.

Y tomó su pistola y la descargó al aire.

— Ahora, buenas noches; si otra vez llevo armas, será por culpa vuestra, no mia.

Y al decir esto, abrió la portezuela del coche á lord Ravenel que se sentó á mi lado con aire pensativo; y luego subiendo al pescante, John tomó en silencio el camino de Beechwood.

X.

Habian trascurrido algunas semanas despues de los sucesos que acabo de contar. Nosotros habiamos tomado la costumbre de reunirnos todas las noches en la biblioteca, pues el pobre Guy se hallaba preso; el accidente que en un principio habia mirado con tanta ligereza, era nada menos que una forcedura seria.

Durante los primeros dias habia soportado con bastante impaciencia su cautividad; pero poco á poco se habia resignado á sufrirla. Se consagró á leer y á dibujar. La conversacion vino tambien en su socorro, y aun comenzó á interesarse en los estudios de su hermana que cada dia tomaba sus lecciones en la biblioteca.

Miss Silver se mostraba algo mas tratable. Desde el accidente de Guy estaba menos fria, menos reservada, y tenia con él esas atenciones delicadas que la compasion inspira á las mujeres. En una palabra, el cambio era notable. Por la noche forraba corro con la jóven familia que rodeaba el sofá de Guy, en tanto que John y Ursula se ponian aparte, John leyendo su diario, y Ursula con su labor, si es que no se entregaban á la tranquila contemplacion de sus hijos asidos de las manos y sonriendo de gozo. Yo ocupaba generalmente el sillón que estaba mas próximo á la chimenea, donde ardía una hermosa lumbre.

Nada mas confortable que aquel aposento de la casa que John habia convertido en biblioteca.

Desde que miss Silver habia aprendido á sonreír, se echaba de ver mejor cuán hermosa era. Hermosa es la palabra justa, pues tenia ese cutis trasparente y esa regularidad de facciones que atraen las miradas de los hombres mas que de las mujeres; al menos Ursula jamás habia sabido ver la belleza de miss Silver. Para esto debo tambien decir que tenia una preferencia marcada por las *morenitas* graciosas y delicadas como la niña Old-tower, y que miss Silver era alta y rubia.

Era rubia en verdad; y ahora que principiaba á cuidarse un poco mas, podiamos ver que tambien era jóven.

— No tiene mas que veinte y dos años hoy, segun dice Guy, exclamé yo una vez dirigiéndome á Ursula.

— ¿Y cómo lo sabe?

— Supongo que Madelina le habrá revelado ese gran secreto.

— Madelina y su hermano se han hecho muy amigos desde que ha caido enfermo. ¿No os parece?

— Sí, los he visto á los dos muy alegres con miss Silver esta mañana, cuando entré en el gabinete de estudio.

— ¿De veras? exclamó la madre.

Y sus ojos se clavaron involuntariamente en sus niños que estaban al rededor del sofá.

Todos ellos se hallaban muy en paz. Edwin leia; Madelina sentada á sus piés jugaba con el gato; miss Silver estaba ocupada en bordar una de aquellas bandas de muselina con que las jóvenes guarnecian entonces sus vestidos. Guy que habia compuesto el dibujo del bordado, estaba medio tendido en el sofá; tenia una de sus manos delante de sus ojos como para resguardarlos de la lumbre, y miraba á la jóven institutriz con una atencion singular.

— ¿Guy, exclamó su madre, ¿en qué estás pensando? El jóven se estremeció.

— ¡Oh! en nada, respondió confuso; es decir...

En el mismo instante miss Silver salió del aposento como para buscar alguna cosa.

— Madre mia, continuó Guy, venid aquí, desearia hablaros. Vamos, tomad asiento, aunque el asunto de que se trata no es muy importante.

Sin embargo, no sin vacilar, tocó la gran cuestion, la del cumpleaños de miss Silver.

— Deberiamos hacerla un regalito, y yo habia pensado en esta hermosa *Flora* que mandé á pedir á Londres. Estoy seguro que la agradaria, porque la gusta mucho la botánica.

— ¿Y qué te importa á ti la botánica? dijo secamente Edwin, que tenia pretensiones de conocer las plantas como Lineo, y que durante todo el invierno habia hecho dar largos paseos á Madelina y á su institutriz para estudiar los criptógamos, como él decia.

Pero Guy no respondió á su hermano, y se hallaba demasiado ocupado en volver las páginas de la magnífica *Flora* que tenia sobre las rodillas.

— ¿Qué os parece, padre mio? ¿No pensais que este regalo la agradaria? Supongamos que érais vos quien la hacia el obsequio...

En este momento inoportuno entró miss Silver, que al punto adivinó en la confusion de Guy y en el silencio de su madre, que se habia tratado de ella en su ausencia; la institutriz miró en su derredor con timidez y se dispuso á retirarse.

— No salgais, exclamó Guy con acento suplicante.

— Quedaos; os lo pido yo, añadió Ursula. Justamente hablábamos de vos, miss Silver. Mi hijo se promete que tendreis la bondad de aceptar este libro de su parte y la nuestra en memoria del dia de vuestro cumpleaños.

Y levantándose con cierta gravedad, mistress Halifax fué á dar un beso á la jóven en la frente.

Miss Silver se sonrojó y retrocedió un paso.

— ¡Cuán buena sois, señora!... pero yo preferiria no aceptar.

— ¿Y porqué? ¿no os gustan los regalos, ó es que este no os agrada?

— ¡Ay! No por cierto.

— Entonces, dijo John levantándose y tendiendo la mano cordialmente á la jóven, aceptad este volumen, os lo suplico. Permitidme que os ofrezcamos este testimonio de nuestra estimacion, y que os probemos así que os consideramos como uno de los miembros de la familia.

Guy clavó en su padre una mirada que rebotaba alegría y gratitud; pero miss Silver se mantenía á cierta distancia sonrojándose mas que nunca.

— No, no puedo, creedme; no puedo aceptarle.

— ¿Y porqué no podeis?

— Por muchas razones.

— Dadme una buena y me contento, repuso John con una sonrisa bondadosa.

— M. Guy ha pedido esta *Flora* para él, y yo no quiero que por mí se prive de ella.

— Si, no me privaria si vos la disfrutárais, repuso el jóven en voz baja.

Edwin miró á su hermano con aire irritado y exclamó:

— ¡Cuánto charlar por nada! No se puede leer con este ruido.

— Déjanos con tus lecturas, nunca piensas mas que en tí, respondió Guy riendo.

Edwin se levantó impaciente y se fué á sentar en el rincón mas apartado de la biblioteca.

— Edwin tiene razon, dijo el padre con un tono que indicaba que deseaba cortar aquella discusion, y que puso á miss Silver en el caso de aceptar el regalo ofrecido. Amiga mia, me prometo que os agrada esta *Flora*; Guy, escribe en ella el nombre de miss Silver.

Guy obedeció presuroso á esta orden, aunque tardó cierto tiempo en ejecutarla. Su madre se acercó á él y miró por encima de su hombro.

— Lucía Eugenia... ¿cómo lo sabias, Guy? Lucía Eugenia Sil... ¿así os llamas, amiga mia?

Esta pregunta tan natural dejó cortada á la institutriz. Por fin, enderezándose con altanería, exclamó:

— No, no quiero engañaros mas tiempo; mi verdadero nombre es Lucía Eugenia de Argent.

Ursula se estremeció.

— ¿Sois francesa?

— Sí... por parte de mi padre.

— ¿Y porqué no me lo habeis dicho?

— Porque en nuestra primera entrevista me dijisteis que jamás una francesa haria la educacion de vuestra niña. Yo estaba sin asilo... sin amigos.

— Mas vale morir de hambre que mentir, repuso Ursula sin poder sostener su indignacion.

— Yo no he mentido; no me habeis hecho ninguna pregunta sobre mi familia.

— Puede ser así, dijo John interponiéndose; pero no debeis hablar de ese modo á Mrs. Halifax; ¿porqué habeis renunciado al apellido de vuestro padre?

— Porque en Inglaterra ese apellido no habria sido una recomendacion para su hija. Mi padre fué uno de aquellos nobles, que renunciando á la tradicion de sus abuelos, se vieron cómplices mas ó menos voluntarios de los crímenes de la revolucion francesa. Mi padre votó la muerte de su rey.

Miss Silver arrojó estas palabras como un desafio y salió del aposento.

— Ya yo lo sabia, exclamó Edwin sin levantar los ojos de su libro. Pero al cabo y al fin, ¿qué importa que sea inglesa ó francesa?

— Es verdad, repuso Guy con calor. Si acordándose de su padre hubiese alguno que se atreviese á condenarla porque es su hija...

— ¡Silencio! Hablaremos de eso otra vez, interrumpió John echando una mirada á Madelina que escuchaba

con sorpresa é inquietud todo lo que estaban diciendo de su institutriz.

La llegada de lord Ravenel que hacia mes y medio venia á vernos todos los dias, ó por mejor decir, todas las noches, puso fin á esta penosa conversacion, pues jamás hablábamos de nuestros asuntos de familia delante de extraños.

Los jóvenes se pusieron á conversar con lord Ravenel, y Madelina se sentó á su lado en un banquillo, segun su costumbre.

Desde el primer dia que la vió fué su favorita por su semejanza con Muriel, segun él decia; pero yo me inclinaria á creer que su afecto dimanaba no tanto de este parecido, como del carácter de Madelina.

Su viveza infantil ejercia un encanto particular sobre aquel hombre viejo en la juventud, que á treinta y tres años decia que la vida es una carga pesada y enojosa.

No lo era por cierto para nosotros, ni aun siquiera aquella noche, aunque nuestro grave visitante nos encontró menos alegres que de costumbre, John muy silencioso y su mujer muy preocupada. Guy y Edwin acalorados por la escena que habia tenido lugar antes de la llegada de lord Ravenel, discutian y se contradecian con una animacion inusitada en Beechwood.

En cuanto á miss Silver no volvió á presentarse en toda la noche.

Lord Ravenel, sin embargo de esto, permaneció el tiempo de costumbre, escuchando con una sonrisa melancólica, ora la controversia de los dos hermanos, ora la palabrería incesante de la niña. Sus ojos seguian todos los movimientos de Madelina con esa ternura que una diferencia de veinte años de edad permite á un hombre manifestar á una jóven.

Cuando se marchó nos acercamos todos á la lumbre.

Madelina se eclipsó, así como Edwin y Walter.

Guy se instaló en el sofá, despues de haber ido á buscar la *Flora* que Edwin habia guardado en un estante, y se puso á examinar con aire pensativo la primera página donde estaban escritos los nombres de miss Silver, y debajo: «De parte de Guy Halifax, con...»

— ¿Qué ibas á poner, hijo mio?

Guy miró á su madre sin responderla, y cerró el libro con precipitacion.

Su madre se incomodó; pero sin desplegar sus labios guardó su labor y se dispuso á retirarse.

John permanecía sentado en su sillón; su mujer le preguntó en qué pensaba.

— En el hombre que se llamaba... Jacobo de Argent.

— ¿Habias oido hablar de él?

— Como todo el mundo hace veinte años. Fué uno de los demagogos mas terribles del tiempo del terror, uno de los que calumniaron aun á la libertad por los crímenes cometidos en su nombre.

— ¿Y hemos tenido á la hija de tal hombre en nuestra casa, educando á nuestra inocente Madelina?

Un sentimiento de alarma y de repugnancia se pintó en las facciones de la madre, y no era de extrañar. Es cierto que principiaba á calmarse la fermentacion que tan profundamente habia agitado á la sociedad durante nuestra edad juvenil; pero aun estábamos distantes de poseer el sosiego que permitirá un dia á la posteridad el juzgar sana y lealmente una crisis tan fatal como la que habia trastornado á la Europa. Aun aquellos que en Inglaterra aplaudieron los primeros actos de la revolucion francesa, habian concluido por repudiar toda simpatía hacia los jacobinos, y en parte por este sentimiento general, en parte porque recordaba el fin de aquella parienta que parecia desafiar á su propia raza con sus opiniones demagógicas, Ursula estaba ciega-mente prevenida no solo contra la revolucion francesa y los revolucionarios, sino tambien contra la Francia y los franceses.

Los ingleses profesaban un horror invencible por las opiniones extremas de aquella época siniestra, y si mistress Halifax tenia un flaco, era su prevencion contra todo lo que era francés ó jacobino.

— John, ¿no ves el peligro?... habla.

— Cálmate, amiga mia.

— No puedo; por Dios, acuérdate de Carolina.

— No se trata de ella aquí, sino de una jóven que conocemos y á quien hemos tenido tiempo de conocer; sean cuales fueren sus antecedentes, ha vivido medio año en nuestra casa sin que nos haya dado ningun motivo de queja.

— ¡Ojalá no la hubiésemos conocido! pero ya no hay remedio... se puede marchar... y se marchará inmediatamente.

— ¡Madre mia! exclamó Guy.

Nunca habia hablado á su madre con este tono.

Ursula se quedó petrificada.

— Madre mia, sois injusta, cruel, inexorable... No se marchará; yo digo que no se marchará.

— ¡Guy! ¿te atreves á hablar así á tu madre?

— Sí, padre mio; me atreveré á todo antes que...

(Se continuará.)

Vistas de New-Westminster,

CAPITAL NACIENTE DE LA NUEVA COLOMBIA EN LA EMBOCADURA DEL RIO FRASER.

(Fotografías de M. FRANK CLAUDET.)

La Nueva Colombia, posesion inglesa al norte de la California, en el Océano Pacífico, debe adquirir sin duda

una importancia considerable por efecto de las minas de oro que allí se han encontrado.

A fines de 1858 habia en la colonia unos 35,000 mineros, y de resultas de su mal gobierno y de la falta de proteccion que se hizo sentir en el pais, este número quedó reducido á 3,000 en 1859; pero comprendiendo entonces la metrópoli todas las ventajas que podría sacar de la nueva colonia, se decidió á mandar á ella todos los elementos propios para favorecer su desarrollo, y entre los cuales figura en primera línea un establecimiento de prueba que ilustra y favorece las operaciones de los mineros.

En 1860 se ha principiado á crear una ciudad New-Westminster, en la embocadura del rio Fraser, por 49° latitud y 123° longitud de Greenwich. Colombia-street, la via principal de comunicacion, sigue



IGLESIA DE NEW-WESTMINSTER, BRITISH COLUMBIA.

una direccion paralela al Fraser á lo largo de la cuesta y á una altura de 30 á 40 metros sobre el rio; en esta calle se encuentran las construcciones de la tesorería y del establecimiento de prueba que funciona desde el mes de agosto de 1860. Estos son los edificios que se hallan representados en nuestro dibujo n° 2. En la misma línea se ha construido la iglesia representada en la vista n° 4. El terreno que se ve en primer término lleno de troncos de árboles cortados y medio quemados, es el sitio donde estará Colombia-street cuando la via se halle expedita en todo su trayecto. La masa de selva virgen no desmontada aun en último término, será el resto de la ciudad, que todavía no se compone mas que de unas 30 casas todas de madera.

Las rentas de la colonia que



VISTA DE NEW WESTMINSTER.

ascendieron en 1859 á 40,000 libras esterlinas, se elevaron en 1860 á 50,000 libras, y el número de los mineros que bajó á 3,000 en 1859, subió en 1860 á 8,000.

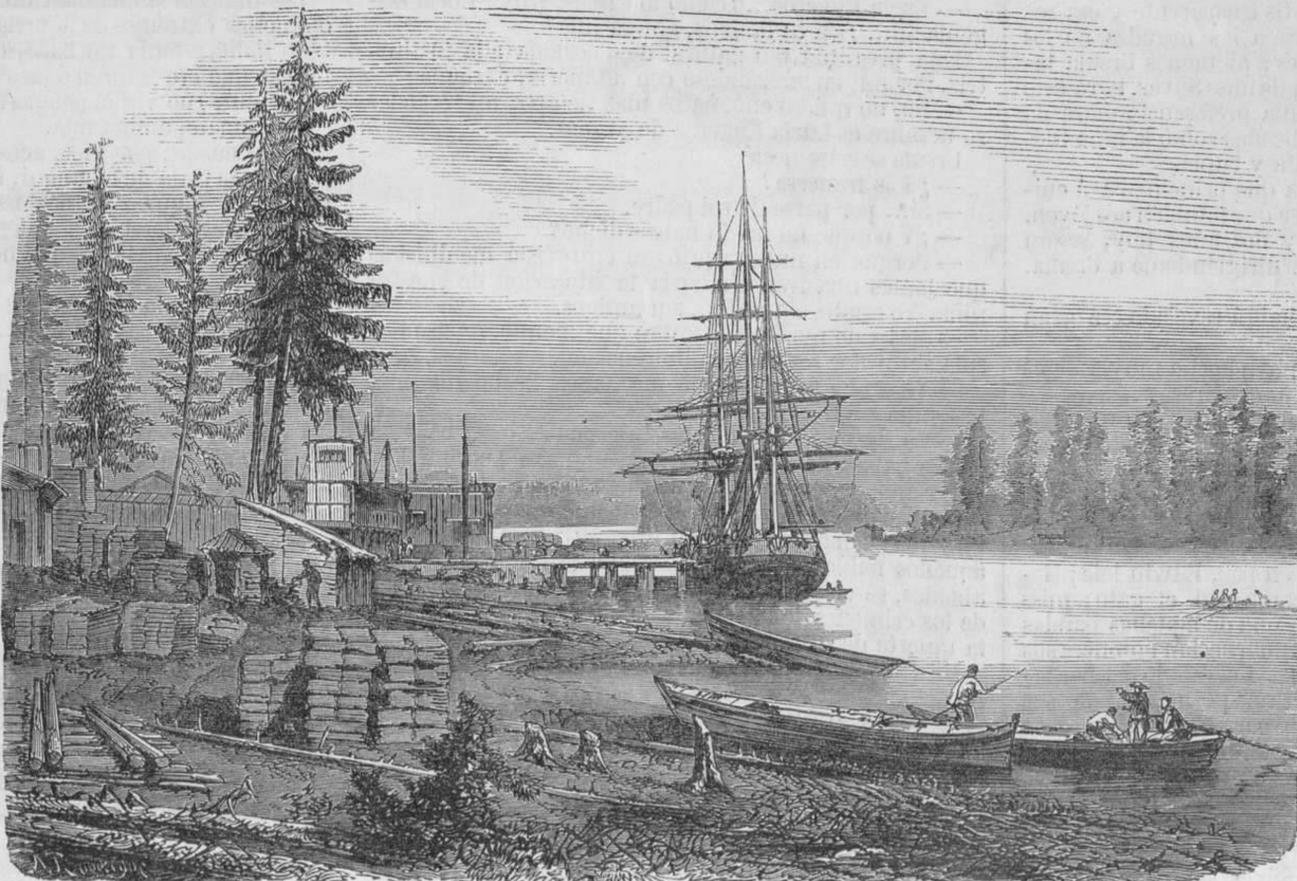
Es de creer que New-Westminster tomará una rápida extension, y cuando haya adquirido una importancia igual á la de San Francisco, se mirarán con interés las vistas fotográficas, cuya serie ha comenzado M. Frank Claudet, director del establecimiento de prueba.

H. C.

El gran penitenciaro

EN ROMA.

En la iglesia romana los simples sacerdotes no tienen poder para absolver de ciertos pecados, como parricidio, envenenamiento,



EL RIO FRASER.

to, incesto, desafío, maleficios y otros, que constituyen, como allí se dice, *casi reservati*. Estos pecados no pueden ser perdonados sino por un confesor cardenal que toma el nombre de gran penitenciaro. Hoy está encargado de estas funciones el cardenal Ferretti, primo del papa actual, y las ejerce en los tres dias elegidos para este fin, que son el miércoles, el jueves y el viernes de la semana santa.

El miércoles santo el gran penitenciaro está en San Juan de Latran; el jueves en Santa María la Mayor, y el viernes en San Pedro. Se sienta en una especie de trono, y lleva una vestidura violeta en señal de luto, pues este es el color del luto para los cardenales. Le rodean cardenales, canónigos y hermanos conventuales, y uno de ellos tiene la varita simbó-

Hablamos de esto porque la intriga, la antigua y solemne intriga es insulsa como M. Desguenais. Su chiste consiste en decir: «Te conozco, hermosa máscara, llevas tupé postizo y dientes de marfil; tienes un amante ó llevas un cauterio,» según la edad de la persona embromada.

«Has sacado los millones de una cloaca.

» Antes de que pudieses comprarte un par de chanclos, eras bien pobre, linda máscara, y tenías mucha lepra; ¿porqué no nos ha traído tu mujer, tu primo Víctor?» Y otras lindezas por el estilo.

Este género de intriga, á decir verdad, no encuentra cabida en todas partes. M. Desguenais la hubiese depositado en el vestuario del palacio del Valle con sus zuecos de ganapan y su paraguas. Su talento, pues lo tiene efectivamente, carece de la tarjeta indispensable para entrar por una buena portada.

En el mundo se muere; esto despierta; pero no se muere á la manera de los alanos que los caminantes separan á garrotazos.

La verdadera intriga del mundo es el placer. Así como la sed excesiva hace rabiarse á los perros, lo mismo las derrotas aguzan la sátira. En el mundo, la amarga envidia pone una sordina á su grito agrio por amor propio. A cualquiera que chille demasiado fuerte se le acusa de no haber podido conseguirlo.

En la morada de la duquesa del Valle, se disfrutaba de la paz del placer, y la fiesta era alegre dentro de los límites de la alegría mundana: el amor ciego vaciaba discretamente su carcaj. Se divertían; es una cosa grande, la manía hurañada de censurar no se apodera sino de los que se fastidian.

No se veían allí hacer de esas insípidas comedias enlazadas por la casualidad, cuyo prólogo es una sonrisa y cuyo desenlace es una lágrima que se seca tan pronto como aparece; comedias de dos personajes, ó de tres cuando mas, si el marido es curioso.

Habia en esta fiesta docenas de esas lindas novelas en que los dotes se mecen entre una polka y una varsoviana: amantes con un pié en el aire en medio del salón, los padres sentados en la galería; cien mil duros de dote para la señorita, y esperanzas; para el jóven cinco acciones de la Compañía general (incendio), la tierra de Mortan, é igualmente esperanzas.

La lengua encierra este género de eufemismos: esperanza expresa la idea de abuelos ó tios muertos. No pretendemos haber descubierto el lado cómico de las pompas fúnebres.

Habia tambien en el palacio de la duquesa negociaciones, asuntos serios, embrollos diplomáticos en los cuales no hubiésemos visto sino guerras; habia batallas femeniles sordamente encarnizadas, asaltos de reductos y de plazas, de cruces, de protección: todo esto se conquista; habia reputaciones nacientes, sociedades anónimas que se fundaban en sigilo, y finalmente, una cosa que proclamamos respetable; habia la juventud que bailaba por bailar, que reía por reír, cuyos rizos bamboleaban al viento del vals seductor, que suspiraba de veras y que se alegraba; juventud tierna, alegre y verdadera: vida y gloria de un baile.

Todas esas novelas, todas esas comedias en miniatura, todos esos negocios, todos estos placeres olvidaban algun tanto esa sombría idea de drama que se habia cernido al principio sobre la fiesta.

El telón habia tardado mucho tiempo en levantarse y todos habian concluido por buscar su diversion por otro lado.

En suma, M. Enrique de Villiers se conducía como los demás, y se sonreía cuando le hablaban de la próxima catástrofe.

En cuanto á M. Jorge Leslie, habia tambien bailado: ¿qué creer? La idea de una mistificación empezaba á hacerse lugar.

Digámoslo de una vez; esos dos hombres de carabina, salidos de los bosques vírgenes de América del Oeste para terminar su diferencia en París, no estaban á la órden de la reunion. A medida que la noche adelantaba las máscaras se volvían mas y mas transparentes. Todos se conocían y se contaban. ¿En dónde estaban los héroes del melodrama? Al fin se resignaron poco á poco á no ver la tragedia.

Algunos minutos despues de las dos, el vizconde Enrique y Jorge Leslie se encontraron. Jorge evitó la pregunta del vizconde diciéndole:

— No ha llegado todavía, y sin decirse nada mas se separaron.

Enrique de Villiers entró en una sala de juego, mientras que Jorge se dirigió al terrado de flores donde se retirara con Elena durante el vals.

El terrado se unía al ángulo que formaba la esquina de la calle, á la izquierda de la puerta cochera, y venía á formar el balcón encima de la acera.

Jorge se puso de codos en la balastrada de hierro.

El tiempo era húmedo y suave. Un deshielo repentino convirtiera en fango el blanco tapiz que cubría las calles la noche precedente. Toda la tarde habia estado lloviendo; pero en esta hora las estrellas brillaban con un resplandor extraordinario en el firmamento que despejara enteramente el viento del Sur. A lo lejos se oía el ruido del agua que caía de los tejados.

El corazón tiene á veces sencillos desahogos. Todos los amantes son niños. ¿Quién es el que á la hora de partir no ha escogido una estrella en el cielo para enseñarla á su amada y decirle: «A esta misma hora miradla, que yo la miraré tambien; ¿pensaré en vos, pensando en mí?»

Estos son los tristes consuelos de la ausencia. El espacio separa los dos corazones que se comunican

entre sí por los rayos del astro nocturno. Las miradas se cruzan; no se ven uno á otro, es verdad, pero los párpados se humedecen. El brillo de la muda estrella habla de amor.

Una vez, en el instante de la despedida, — la ausencia debía ser larga, — Jorge Leslie y la que amara habíanse prometido mirar la estrella polar á las diez de la noche y cambiar su beso á través de la inmensa longitud del continente americano.

¿Cuántas cosas pasaron desde entonces! ¿cuántos peligros evitados! ¿cuántas batallas ganadas! ¿cuántas lágrimas, ¡ay! y qué caída tan profunda!

Jorge Leslie miró la estrella. Corrió una lágrima por su mejilla y su corazón se oprimió de dolor.

— Elena, murmuró; Carmen.

La estrella le decía estos nombres: un nombre de amante, un nombre de hermana.

Una vez habian sonado la hora solemne, y los ojos de Jorge se elevaron en vano hácia el cielo, pues habia un velo entre el cielo y él; entre su corazón y el de Elena se interponían tinieblas impenetrables: aquella voz lejána que le hablara cada noche de la ausente habia enmudecido.

Una noche, cuando Carmen era su hermana, y en el instante que la brisa fresca de las grandes sabanas llegaba á la sumidad de la torre, Jorge le dijo:

— ¿Está sereno el cielo? ¿veis la estrella polar al Norte del rio Gila? Y cuando Carmen respondió: «Sí, la veo,» sonaron las diez. Jorge oyó la voz de Elena.

Desde este dia, Carmen miró la estrella por su amigo ciego.

Hé aquí porqué la vista de la estrella polar ponía dos nombres en los labios de Jorge, dos recuerdos queridos de su corazón:

Elena. Carmen.

Debajo del balcón y á la orilla de la acera se alineaba una larga fila de carruajes. La mayor parte de los cocheros dormían en su sitio. A la acera opuesta veíase aun abierta una taberna.

Algunas palabras pronunciadas debajo del balcón arrancaron el pensamiento de Jorge del cielo para hacerle descender á la tierra. Leslie vió un landó de apariencia muy sencilla cuyo cochero vestía una librea de color castaño subido. El lacayo estaba á la portezuela. Era el que habia hablado.

— Es pues muy divertido, decía en un dialecto que Jorge adivinaba mas bien que comprendía; es divertido estar con los piés metidos en el barro... Vosotros al menos estais bien aquí dentro sentados en buenos almohadones.

— Dame fuego, que quiero encender una, respondió una voz desde el interior.

Una cabeza tapada con una capucha salió fuera de la ventanilla del coche, el lacayo le presentó su pipa encendida y le dió fuego.

El gran defecto de toda jerigonza es que todo el mundo comprende fácilmente su sentido. Si los malhechores no tuvieran otras rúbricas, la *Gaceta de los tribunales* haría bancarota infaliblemente.

La jerigonza es una fantasía, un lujo y una fanfarronada. Todo hombre que habla en calor pone en su gorra la escarapela de los ladrones. En vez de ser un medio de ocultarse, es descubrirse para hacerse prender.

Un jóven literato ha dicho que el calor es para los caballeros de industria lo que el cascabel para la serpiente.

Jorge se acordó en seguida de las cartas misteriosas que recibía.

Este año que encendía su pipa en la de su lacayo, se olvidaba cuando menos de las reglas mas elementales de la prudencia; pero todos los cocheros vecinos dormían, ningún guardian pasaba por allí, ¿y cómo acordarse del balcón?

Jorge sacó su reló que señalaba entonces las dos y media.

— O'Brien no viene... murmuró.

— O'Brien no vendrá, dijo á su oído una voz femenil.

Jorge Leslie se estremeció violentamente de piés á cabeza, en tanto que un sudor repentino inundaba su frente.

Leslie no se volvió sin embargo, y se estuvo quieto como un hombre que cree soñar.

— Alberto, repuso la voz cuyo acento se impregnó de melancolía, ¿no es verdad que vuestro pensamiento estaba bien lejos de mí?

Jorge no se volvió todavía, pero sus manos se apoyaron involuntariamente contra su corazón para comprimir sus latidos.

— ¿Carmen! murmuró; ¿soy juguete de una ilusión?

— ¡Ah! dijo la voz temblando ligeramente, ¡me habeis conocido!

— ¿Carmen, Carmen! exclamó Jorge; mi pensamiento no estaba lejos de vos; pensaba en vos, porque mi memoria evocaba á las que me han amado... ¿Carmen! aquí me teneis sin que me atreva á volverme, temiendo que mi ilusión se desvanezca... El espíritu es muy débil en ciertas ocasiones solemnes... He vuelto á ver á Elena, y no era Elena... Hace poco que he tenido en mis brazos á una virgen; el nombre que se escapaba de mis labios se aplicaba á la alegría presente como á la embriaguez pasada. Sentía nacer, por no decir renacer, mi jóven amor: no sé amar dos veces, y me parecía como si mi pasión pasada no hubiese sido mas que un sueño... El dia que va á amanecer será quizá el último para mí, Carmen, hermana mia, mi bienhechora... ¿Sois vos efectivamente, ó es que encontraré tambien tan lejos de los lugares en que fuérais mi providencia, vuestra imagen viviente como he encontrado la de Elena?

Jorge se medio volvió sin atreverse á levantar los ojos. Los sonidos de la orquesta del baile llegaban hasta él por la ventana del terrado, como el eco lejano de una mística armonía.

La voz se callaba.

Jorge levantó sus ojos poco á poco.

— Me habeis llamado Alberto como en otro tiempo... murmuró Jorge; permitid al menos que el ciego de América reconozca vuestra voz tan dulce y los nobles impulsos de vuestro corazón... No os digo: dejadme ver vuestra persona, Carmen; pero en nombre del cielo, ¡habladme!

La desconocida le tendió su mano blanca y fina, cuyas uñas, perfectamente engastadas, se parecían á la hoja oval de la camelia.

Jorge llevó esta mano á sus labios diciendo:

— ¡Sois vos!... ¡sois vos!

— Sí, soy yo, dijo Carmen á su vez.

Al mismo tiempo desató su velo, dejando caer su máscara.

Carmen era tal como Jorge se la representara: una frente de reina, las facciones divinas de una virgen con la ardiente mirada de las hijas del Ecuador, pues el conde Alberto sabia que Carmen habia nacido en Guatemala, bajo los rayos del sol tropical. Así se la habia figurado Jorge, bella como el sueño mas ardiente de un poeta.

Y sin embargo, el conde Alberto quedó deslumbrado. Su asombro le hizo retroceder un paso, y juntando sus manos balbuceó extasiado:

— Carmen, Carmen, en otro tiempo me dijisteis: «Te amo...»

La duquesa del Valle sonrió con tristeza.

— Conde, le dijo, mi esposo es el mas noble de todos los hombres.

— ¡Vuestro esposo!... repitió Rosen: ¿qué se hicieron nuestras largas conversaciones en la plataforma de la torre?

— Buscad los bucles entre los cuales pasábais vuestros dedos, Alberto, respondió la duquesa tocando su corta pero admirable cabellera.

— ¡No me amais!... murmuró Rosen exhalando un suspiro.

— Mi esposo sabe que estoy aquí con vos, repuso la duquesa.

Alberto guardó silencio.

— Cede, dijo Carmen, no es vuestro corazón el que acaba de hablar... Es menester que la hija de Elena tenga una madre y que Elena sea feliz.

Sus ojos se elevaron al cielo al mismo tiempo sin preferir una sola palabra. El firmamento estaba claveteado de diamantes, pero una negra nube ocultaba la estrella polar.

Al fin exclamaron los dos:

— ¡Pobre Elena!

— La ví, repuso Carmen; fuí expresamente á Baltimore. Aquella es la casa del luto; la madre morirá tan luego como la hija haya exhalado el último suspiro.

— Las mujeres se adivinan entre sí, dijo Alberto de Rosen; respondedme: si M. de Villiers se casara con Elena...

— Viviria, interrumpió Carmen: ¡me atreveria á asegurarlo!

Nadie mas habia en el terrado.

El viento del Sur hacia subir al cielo nubes cargadas de lluvia.

El espendedor de vinos que daba frente á la embajada habia concedido un asilo á los cocheros demasiado delicados, mientras que otros, mas fieles á la consigna, recibían estóicamente el chaparrón sin moverse de su sitio.

El landó en el cual hemos visto hace poco á un dominió encendiendo su pipa, estaba ahora abandonado, al menos en la apariencia; pero cualquiera que se hubiese acercado á las portezuelas, se hubiese convencido de lo contrario, advertido á la vez por el oído y por el olfato; hubiese percibido un fuerte olor de tabaco y aguardiente en tanto que oyerá un sordo concierto de ronquidos.

Un hombre cubierto de piés á cabeza, envuelto en un ropón pardo, volvió la esquina de la calle de Anjou-Saint-Honoré y subió por el Faubourg. En una noche de lluvia este traje no es raro en París: ¡hay en esta ciudad tantos infelices que se tapan como pueden!

Este hombre atravesó la calle pausadamente y tomó la acera meridional en el sitio donde empezaba la fila de carruajes. Este fantasma marchaba tranquilamente entre los coches y las casas, echando una rápida mirada al interior de cada coche.

(Se continuará.)

El domingo de Cuasimodo

EN LA BAJA BRETAÑA.

En la mayor parte de los pueblos y aldeas de la Baja Bretaña existe el domingo de Cuasimodo una costumbre muy particular y muy antigua, de la cual vamos á describir algunas escenas, valiéndonos para ello de la pluma y del lápiz. Esta costumbre consiste en hacer pedazos en las calles, despues de vísperas, los cacharros que se han inutilizado durante el año. — Toda la cacharrería fuera de servicio, cántaros rajados, jarros y vasijas de toda clase, con tal de que la materia que las compone sea frágil, sale de las cocinas y va á parar á manos de los pilluelos, que separados en cuadrillas, inventan mil juegos cuyo invariable resultado es hacer añicos las vasijas, á veces heterocitas, que han conseguido reunir

en ese alegre día, haciendo durar la diversion lo mas posible.

Los hombres y aun las mujeres no desdeñan asociarse á esta diversion del *far niente* dominical que se practica de mil modos, pues en ella están admitidas todas las innovaciones que tiendan á darla interés. Hé aquí cómo se procede por lo regular. Una docena de individuos formados en corro y dejando entre sí cierta distancia se arrojan uno á otro los cacharros que suelen tener bastante peso. La cosa seria de las mas inocentes, si en ella guiara á todo el mundo una atencion y una buena fe escrupulosas, pero hay ciertas supercherias bastante brutales, que á menudo ensangrientan el teatro de este ejercicio. Verbigracia: un cacharro arrojado de repente y con fuerza pega en uno de los individuos y le hace pagar cruelmente la distraccion á que se ha entregado; otras veces un proyectil del mismo genero cae como una bomba de una altura considerable, y se hace añicos en los brazos del jugador valeroso que presumiendo demasiado de su destreza intenta detenerle en su rápida caída.

Los cascos de la vasija le dejan en este caso en las manos ó en el rostro una herida que debe durarle un buen rato.

Semejantes inconvenientes lejos de quitar la boga al juego en cuestion, parece que por el contrario aumentan su atractivo, sobre todo entre los rudos habitantes de los campos, donde se observa que los silbidos de los espectadores no tienen jamás por objeto un exceso de temeridad castigada, sino la retirada prudente del cuerpo del jugador, que cuidándose poco de poner á salvo su amor propio á costa de su individuo, prefiere dejar que el cacharro se estrelle á sus piés.

Hemos reproducido en el último dibujo una escena del domingo de Cuasimodo copiada en una aldea del Finistere en una hermosa tarde de



JUEGO DE LOS CACHARROS ROTOS EL DOMINGO DE CUASIMODO EN LA BAJA BRETAÑA.

primavera. Un campesino, vendados los ojos y armado con un palo, ha sido puesto á veinte ó treinta pasos de una cantarrilla colgada á la altura de un hombre. A una señal determinada echa á andar, se aprovecha del derecho que tiene de contar sus pasos, y se adelanta en la direccion que juzga mejor; pero no debe alzar su palo sino para dar un solo golpe: si pega en el vacío recibe una buena silba, mas si por el contrario logra romper la vasija, el aplauso es unánime. Muchos jugadores fiándose en su perspicacia se comprometen á tocar el blanco al cabo de cierto número de carreras; los espectadores apuestan, y como el producto de ellas va á parar siempre á la taberna, suele suceder que los jugadores continúan con vasos y botellas la carnicería comenzada sobre una vasija fuera de servicio.

Los pilluelos de los pueblos, tan amantes de toda destruccion, no dejan de hallar un atractivo de primer orden en la tal fiesta; y así es que al anochecer las calles se hallan sembradas de restos de todos colores, que parecen los materiales de un mosaico destruido.

En cuanto al origen de la costumbre, hé aquí lo que hemos sabido de la boca de un campesino ilustrado: « Hay muchas cosas que la religion ordena ignorando nosotros porqué; lo seguro es que cuasimodo quiere decir: *casse les pots* (rompe los cacharros), y así lo hacemos. » Como esta respuesta á pesar de su encanto pintoresco, podria dejar al lector poco satisfecho, pondremos á continuacion el parecer de Lambry, que se halla en el segundo capítulo de su *Voyage dans le Finistere*: « En vano se buscaria entre nuestros abuelos la señal de este juego estrambótico, que me parece proviene de una costumbre de los judíos, que tenian que renovar cada año las vasijas que les habian servido. »

M. R.



EL MISMO JUEGO EN LAS ALDEAS.